

FÉLIX J. PALMA

# EL MAPA DEL CIELO



TRILOGÍA VICTORIANA 2

bookai

**Félix J. Palma**

El mapa del cielo

*Trilogía victoriana 2*



DESTINO



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Félix J. Palma, 2012

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustraciones de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en esta presentación: junio de 2024

Depósito legal: B. 9.845-2024

ISBN: 978-84-233-6540-1

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

*Printed in Spain* - Impreso en España

## I

A Herbert George Wells le hubiese gustado vivir en un mundo más justo y respetuoso, un mundo en el que existiera una especie de moral artística que prohibiese explotar las ideas de otro en beneficio de uno mismo, y donde a los desalmados que se atreviesen a hacerlo se les secara de golpe su presumible talento, condenándolos a ganarse la vida a la ingrata manera de los hombres corrientes. Pero por desgracia el mundo que habitaba no era así. En el mundo que habitaba todo estaba permitido, o al menos eso pensaba Wells, y no sin razón, pues apenas unos meses después de publicar *La guerra de los mundos*, un escritor estadounidense llamado Garrett P. Serviss había tenido la desfachatez de escribir su continuación sin ni siquiera avisarle de tal cosa, e incluso creyendo que aquello no iba sino a agradarle.

Ese era el motivo por el cual aquel caluroso mediodía de junio el escritor que firmaba sus obras como H. G. Wells caminaba algo ensimismado por las calles de Londres, la metrópoli más grande y orgullosa del planeta en aquel momento. Atravesaba el Soho en dirección a la taberna La Corona y el Ancla, donde el tal Serviss, que estaba de visita en Inglaterra, lo había invitado a almorzar con

la ingenua ilusión de que, alentados por la cerveza y la buena mesa, sus espíritus pudieran confraternizar hasta el punto que él consideraba obligado. Pero si todo salía bien, la comida no iba a transcurrir como el cándido Serviss esperaba, pues Wells tenía planes muy distintos, y estos nada tenían que ver con la comunión entre iguales que pretendía el estadounidense. Y no es que Wells tuviera intención de convertir en un consejo de guerra lo que podía resultar una agradable comida porque considerase su novela como una obra maestra cuyas virtudes quedarían inevitablemente mancilladas si alguien pergeñaba una segunda parte. No, lo que el escritor realmente temía era que otro pudiera rentabilizar una idea suya mejor que él mismo. Esa posibilidad le removía por dentro produciendo toda suerte de marejadas en el apacible estanque con el que le gustaba comparar su alma.

A decir verdad, *La guerra de los mundos* se le antojaba, como todas sus novelas anteriores, una obra insatisfactoria que nuevamente había errado en sus propósitos. Narraba cómo la Tierra era conquistada por los marcianos, quienes poseían una tecnología muy superior a la humana, y lo hacía imitando el verismo con el que sir George Chesney había impregnado su novela *La batalla de Dorking*, donde, sin escatimar detalles truculentos, relataba una supuesta invasión de Inglaterra por parte de los alemanes. Sirviéndose de un realismo similar, sustentado por los arbotantes de unas descripciones tan pormenorizadas como espeluznantes, Wells había narrado la destrucción de Londres, que los marcianos llevaban a cabo sin el menor esfuerzo ni atisbo de misericordia, como si los humanos no merecieran más respeto que las cucarachas. En cuestión de días, nuestros vecinos espaciales habían pisoteado los valores y la autoestima de los terráqueos exhibiendo el mismo desdén que los británicos mostraban por los indígenas. Se habían hecho con el dominio del planeta, esclavizando a

su población y convirtiendo la Tierra en algo parecido a un balneario para marcianos de élite. Nada había podido detenerlos. Absolutamente nada. Con aquella oscura fábula, Wells había pretendido lanzar una demoledora crítica contra el desmesurado espíritu imperialista británico, que aborrecía hasta la náusea. Pero el hecho de que se creyera que Marte estaba habitado —con los nuevos y avanzados telescopios, como el del italiano Giovanni Schiaparelli, se había descubierto que unas líneas atravesaban su roja superficie, y algunos astrónomos se habían apresurado a asegurar, como si hubieran paseado por allí, que eran canales construidos por una civilización inteligente— había inoculado en la población el miedo a una invasión marciana como la que se describía en la novela, lo cual acaparó toda la atención del lector, distrayéndole de sus verdaderas intenciones. A Wells, aquella reacción no le sorprendió demasiado, todo hay que decirlo, pues ya le había sucedido algo parecido con *La máquina del tiempo*, en la que el estúpido artefacto al que aludía el título había eclipsado el ataque a la sociedad clasista de la época que escondía sus páginas.

Y ahora el tal Serviss, quien al parecer gozaba de cierta reputación como periodista de divulgación científica en su país, había publicado su continuación: *Edison conquista Marte*. ¿Y qué contaba Serviss en esa obra? Su título no engañaba a nadie: la novelita la protagonizaba el mismísimo Thomas Edison, cuyos innumerables inventos le habían convertido en una suerte de héroe para los estadounidenses, y en el cargante personaje principal de toda suerte de novelas. En la «continuación» de *La guerra de los mundos*, el inefable Edison inventaba una poderosa arma de rayos y, con el apoyo de todas las naciones del mundo, construía una flota de naves dotadas de propulsión antigravitatoria, que enfilaban hacia Marte impulsadas por el afán de venganza. Aquel era su argumento, ni más ni menos.

Cuando Serviss le envió su novela, acompañada de una carta en la que elogiaba sus obras con una vehemencia tan grotesca que le produjo arcadas, y casi exigiéndole, entre rodeos y circunloquios varios, que bendijera aquella secuela, Wells ni siquiera le respondió. Ni a aquella ni a la media docena de cartas que le envió después, en las que seguía buscando infatigablemente su aprobación e incluso se atrevía a proponerle, apoyándose en la afinidad y en los intereses comunes que creía percibir entre sus obras, que escribiesen alguna novela juntos. Y no le contestó porque, tras leer su novela, Wells solo había sentido una mezcla de cólera y asco. Aquella obra, tan pueril como torpe, era un desvergonzado insulto al resto de los escritores que, como él, se esforzaban en amueblar los escaparates con productos más o menos dignos. Sin embargo, su silencio no detuvo el flujo de cartas; más bien pareció intensificarlo. Pero en la última de ellas, el incombustible Serviss le rogaba que, aprovechando que la semana siguiente viajaría a Londres y permanecería allí unos días, tuviese la amabilidad de aceptar una invitación a almorzar con él, pues nada le haría más feliz que disponer de unas horas para conversar agradablemente con su admirado escritor, al que tantas cosas le unían.

Llegados a ese punto, Wells decidió romper aquel silencio disuasorio, que de nada parecía servir, para aceptar su invitación. Aquella comida se le antojó la oportunidad perfecta para sentarse ante él y revelar le lo que verdaderamente le había parecido su novela. ¿Quería Serviss su opinión? ¿La quería de verdad? Pues se la daría. Vaya si lo haría. Wells podía imaginar cómo transcurriría el almuerzo: se sentaría ante él vestido de una impasible serenidad y, con una voz tranquila que no incurriría en la descortesía de dejar traslucir su furia, le diría lo mucho que le había asqueado que su novela la protagonizara aquel Edison idealizado, pues a él el inventor de la lámpara incandes-

cente le parecía un tipo poco de fiar que perfeccionaba sus inventos a costa de terceros, amigo del mal genio y aficionado al diseño de armas mortíferas. Le diría que su novela no era una digna sucesora de la suya se mirara como se mirase, ni por su nula calidad literaria ni por su execrable argumento. Le diría que su mensaje, diametralmente opuesto al de la suya, era más propio de un panfleto patriótico, porque la pueril moraleja que destilaba aquel puñado de aborrecibles páginas podía resumirse en que no era bueno meterse con los humanos, o más exactamente: no era aconsejable molestar al gran Thomas Edison ni a Estados Unidos. Y le reprendería, además, con el aliciente extra de saber que, tras su desahogo, sería el vilipendiado Serviss quien pagaría la comida.

Tan distraído en sus cavilaciones estaba que, cuando volvió a la realidad, el escritor descubrió que sus pies le habían conducido por Greek Street, que se hallaba fuera de su ruta, y, sin poder evitarlo, se encontró ante el viejo teatro clausurado que se alzaba en el número 12. Pero no se dejen engañar por su mueca de asombro: aquello no tenía nada de casual, pues en la vida del escritor todo obedecía a un propósito, nada quedaba al azar o a la espontaneidad de los impulsos. Wells era consciente de que cruzaba por allí, por mucho que intentara culpar a sus inocentes pies, con la intención de tropezarse precisamente con aquel teatro, cuya fachada estudió con algo que solo podría calificarse como una rabia solemne. Y dado que, al contrario que ustedes, conozco a la perfección los motivos por los que se ha detenido aquí, así como los pensamientos que ahora mismo le embargan, puedo calcular sin temor a equivocarme que dicha contemplación le ocupará como mínimo diez minutos, tiempo de sobra para que pueda darles la bienvenida a esta historia. La educación, aparte de la sonrisa y el adulterio, es una de las pocas cosas que nos diferencian de los animales, y quisiera pensar que mi

condición, pese a resultar especial, nada tiene que ver con la de las bestias.

Considérense pues bienvenidos y dispónganse a escuchar una historia rebotante de emociones tanto para las damas más románticas, que podrán disfrutar con el idilio de la adorable y descreída señorita Harlow, a quien más adelante tendré el gusto de presentarles, como para los caballeros de espíritu más arrojado, que sin duda se estremecerán con las trepidantes y asombrosas aventuras que correrán nuestros personajes, entre los cuales figura el hombrecito con cara de pájaro que ahora contempla el teatro con gravedad. Obsérvenlo pues atentamente. Observen su extraordinaria delgadez, el bigotito rubio con el que intenta imponer una nota más adulta a su añorado rostro, la boca de trazo delicado y sus ojos claros y vivaces, tras los cuales es imposible no percibir el aleteo de una inteligencia tan afilada como poco práctica. A pesar de su aspecto corriente y poco heroico, Wells será el principal protagonista de este relato, cuyo verdadero principio es difícil de precisar, pero que para él —y por supuesto para todos ustedes— comienza en esta tranquila mañana de 1898, una mañana inusualmente luminosa en la que, como pueden ver, nada hace sospechar al escritor que apenas un par de horas después va a realizar un descubrimiento tan increíble y prodigioso que cambiará para siempre su más íntima concepción del mundo.

Pero me dejaré de rodeos para revelarles al fin lo que seguramente llevan preguntándose desde hace varios minutos: ¿por qué se ha detenido Wells ante ese viejo teatro? ¿Tal vez lamentaba el cierre del local en el que tantas noches había disfrutado de las mejores obras teatrales de su época? Nada de eso. Como irán descubriendo, Wells no era presa fácil para la melancolía. Se había detenido allí porque, un par de años atrás, el viejo teatro había albergado una empresa muy especial, Viajes Temporales Murray.

¿Significan esas sonrisitas que esbozan algunos de ustedes que dicho establecimiento les resulta familiar? Debo confesarles con cierto rubor que nada me complace más, pero he de ser considerado con el resto de mi público, y como aparte de las sonrisitas cómplices también veo muchos alzamientos de cejas, provocados sin duda por el curioso nombre de la empresa, explicaré a los recién llegados que aquel estrambótico local había abierto sus puertas dos años atrás con el fin de hacer realidad el que probablemente es el sueño más ambicioso del hombre: viajar en el tiempo. Un anhelo que el propio Wells, por cierto, había despertado en la sociedad con su primera novela, *La máquina del tiempo*. La oferta de lanzamiento de tan asombrosa empresa consistía en un viaje al futuro, en concreto al 20 de mayo del año 2000, el día en el que tendría lugar la batalla final por el destino del mundo, tal y como reflejaba el cartel que todavía podía verse en la fachada, y que mostraba al bravo capitán Shackleton enarbolando su espada contra su archienemigo Salomón, el rey de los autómatas. Aún quedaba más de un siglo para que se librara aquella memorable batalla, en la que el capitán lograría salvar a la raza humana de la extinción, aunque, gracias a Viajes Temporales Murray, ya había sido presenciada por casi toda Inglaterra. Pese al elevado precio del billete, la gente se había agolpado ante las puertas de la agencia, ansiosa por asistir, como si de una nueva ópera se tratara, a aquel combate que sus pobres existencias mortales no les permitirían ver.

Todos menos Wells, el escritor cuya novela había desencadenado todo aquello, que siempre se había negado a viajar al futuro, a pesar de que había recibido innumerables invitaciones del mismísimo Gilliam Murray, el dueño de la empresa, al que los periódicos, con su característica mezcla de oportunismo y falta de imaginación, no habían tardado en apodarar el «Dueño del Tiempo», y cuya intem-

pesteña muerte, ocurrida en la cuarta dimensión, había conmocionado al mundo entero, quizá porque con él había muerto también el secreto de los viajes a través del tiempo. Wells debía de ser el único hombre sobre la faz de la Tierra que no había derramado una lágrima por aquel gordo jactancioso en cuya memoria incluso se había erigido una estatua en una plaza cercana. Allí se le podía ver sonriendo arrogante sobre un pedestal con forma de reloj, con una de sus manazas haciendo cosquillas al aire, como si conjurase algún hechizo, y la otra descansando sobre la cabeza de Eterno, su perro, al que Wells profesaba la misma aversión que a su dueño, no tanto por la maquinales fidelidad que el animal mostraba hacia él como por el temor hacia los perros que anidaba en él desde que de niño, al cruzar por uno de los caminos de Bromley hacia su casa, uno enorme surgiera de entre los matorrales para morderle en una mano con una determinación tal que incluso creyó que seguía un plan establecido.

Por eso se había detenido allí, porque aquel teatro le recordaba las consecuencias que le había acarreado en el pasado su sinceridad respecto a la opinión que le merecía una novela. Y es que, antes de convertirse en el Dueño del Tiempo, Gilliam Murray era un joven que aspiraba a una metamorfosis algo más modesta: convertirse en escritor. Había sido en aquella época, tres años antes, cuando Wells lo había conocido. El futuro millonario le había solicitado su ayuda para publicar una infumable novela que había escrito, pero Wells se la había negado, diciéndole lo que opinaba de ella con una crudeza tal vez innecesaria, pero a la que no había podido sustraerse. Aquella descarnada sinceridad los convirtió inevitablemente en enemigos, como ya les conté en otra ocasión con todo lujo de detalles, y de todo aquello Wells extrajo una lección: en ciertas situaciones de la vida, era mejor mentir. ¿De qué había servido decirle la verdad a Murray? De nada. Si no lo hu-

biera hecho las cosas habrían sucedido de un modo muy diferente. ¿Y de qué iba a servirle decírsela a Serviss?, se preguntó ahora. Probablemente también de nada. Era mejor mentir, sin duda. Pero si bien Wells era capaz de mentir en muchos asuntos de la vida sin que le temblara la voz, por desgracia había algo en lo que no podía evitar ser sincero: si una novela no le gustaba, era incapaz de alabarla. El hombre se definía principalmente por sus gustos, y no soportaba la idea de hacerse pasar por alguien con un gusto tan detestable que le gustara *Edison conquista Marte*.

Tras consultar su reloj, el escritor descubrió que no podía malgastar más tiempo ante el teatro. Era casi la hora de su cita, así que echó un último vistazo al edificio y enfiló por Charing Cross Road, dejando atrás el Soho para ir hacia el Strand, en dirección a la taberna donde había quedado citado con Serviss. Se había propuesto hacer esperar al periodista para dejarle claro desde el primer momento el absoluto desprecio que sentía por lo que había hecho, pero si algo detestaba Wells más que mentir sobre sus gustos era llegar tarde a una cita, pues pensaba ingenuamente que si él acudía puntual a las suyas, por una suerte de equilibrio cósmico, tampoco le harían esperar a él, aunque de momento no había podido demostrar esta teoría: más de una vez había tenido que ejercer de hierático pasmarote en una esquina o de comensal desvalido en la mesa de algún concurrido restaurante. Así pues, Wells cruzó la bullícosa avenida del Strand, donde parecía arremolinarse todo el ajetreo del universo, imponiendo a sus piernas un vigoroso caminar y enfiló hacia la callejuela de la taberna con un simpático trotecillo. Eso le permitió llegar al lugar de su cita con irreprochable puntualidad, si bien un tanto jadeante.

Dado que desconocía el aspecto de Serviss, el escritor no perdió el tiempo espiando el interior del lugar a través de sus ventanales, como solía ser su costumbre: de ese modo comprobaba si su cita había llegado y, en caso contrario, se escabullía por la calle más cercana para regresar paseando tranquilamente unos minutos después y evitar así tener que esperar dentro del bar, soportando las miradas compasivas de los otros comensales. No obstante, como aquel día su táctica no tenía sentido, Wells entró en la taberna aparentando una mundana resolución, se detuvo en el centro, bien visible para que el tal Serviss pudiera reconocerlo, y paseó una mirada ligeramente inquisitiva por el concurrido local, con la esperanza de que el estadounidense ya hubiese llegado y le librara de tener que vagabundear por la taberna mientras todos lo observaban. Por suerte, casi de inmediato un hombrecito de unos cincuenta años, flaco y estropeado por la vida, alzó el brazo derecho a modo de saludo al tiempo que una sonrisa destañada le asomaba por debajo del frondoso bigote. Al comprender que debía de tratarse de Serviss, Wells reprimió una mueca de disgusto. Hubiera preferido que su contrincante tuviera un aspecto más amenazador y presuntuoso, que no pudiese despertar sus remordimientos, en vez de aquel aire desvalido, como de buitre mal alimentado. Para espantar la piedad que inevitablemente le provocaba su aspecto, antes de dirigirse al reservado en el que lo aguardaba tuvo que recordarse lo que aquel alfeñique había hecho. Al verlo acercarse, Serviss abrió los brazos de par en par y dejó que una sonrisa grotesca le desencajara el rostro, como un huérfano que desea ser adoptado.

—¡Qué honor y qué placer, señor Wells! —exclamó, desplegado ante él un catálogo de gestos devotos en el que solo faltó una reverencia—. No sabe cuánto me alegra conocerle. Siéntese, tenga la bondad. ¿Una pinta? Camarero, por favor, otra ronda, que esta conversación entre

titanes de las letras hay que regarla como es debido. El mundo no podría perdonarse nunca que nuestras elevadas reflexiones tuvieran que detenerse a causa de una boca seca. —Tras aquel atropellado discurso, que hizo que el camarero, sin duda un tipo bregado en el lado físico y tangible de la vida, los mirase con la desdeñosa condescendencia que reservaba para aquellos que se ocupaban de algo tan etéreo como las artes, Serviss clavó sus diminutos ojos en Wells—. Y dime, George, ¿puedo llamarte George? ¿Qué se siente cuando cada una de tus novelas convulsiona a la sociedad? ¿Cuál es tu secreto? ¿Escribes con una pluma de otro planeta? Ja, ja, ja...

Wells no se molestó en reírle la ocurrencia. Se recostó en su silla y dejó que la aflautada risita se extinguiera en el aire, adoptando una expresión grave, más propia de un empleado de pompas fúnebres que de alguien que se dispone a disfrutar de un almuerzo con un amigo.

—Bueno, bueno... No es mi intención agobiarte, George —continuó Serviss, fingiéndose apurado por su envaramiento—, pero no puedo dejar de manifestarte mi admiración.

—Por mí puede ahorrarse sus elogios —dijo Wells, decidido a hacerse con las riendas de la conversación cuanto antes—. El hecho de que haya escrito la continuación de mi última novela habla por sí solo, señor Ser...

—Garrett, por favor, George.

—De acuerdo, Garrett —aceptó Wells, molesto. La familiaridad que le imponía Serviss era muy poco adecuada para un rapapolvo, y menos aún lo era el aire festivo con el que insistía en dotar a la conversación—. Te decía que...

—De todos modos, los halagos nunca están de más, ¿no te parece, George? —volvió a interrumpirle el americano—. Sobre todo si son merecidos, como es tu caso. Y te confesaré que mi admiración por ti no es cosa de un

día. Se forjó hace... ¿cuánto? Un par de años, por lo menos, después de leer *La máquina del tiempo*, una obra que por ser tu primera novela resulta todavía más extraordinaria.

Wells asintió con apatía, aprovechando que Serviss hizo un alto en su verborrea de vendedor de crecepele para propinarle un largo trago a su cerveza. Necesitaba encontrar cuanto antes un resquicio en su incesante palabrería para transmitirle lo que opinaba de su novela. Cuanto más tardara en hacerlo, más incómodo resultaría todo para ambos. Pero Serviss no parecía dispuesto a darle tregua.

—Y qué feliz casualidad que, justo tras la publicación de tu novela, se descubriese el modo de viajar en el tiempo —dijo, meciendo exageradamente la cabeza, como si todavía no se hubiese repuesto de la sorpresa—. Imagino que viajarías al año 2000 para ser testigo de la épica batalla por el destino de la humanidad, ¿no?

—No, nunca viajé al futuro —respondió Wells sin ninguna gana de extenderse en el tema.

—¿Ah, no? ¿Y eso por qué? —se sorprendió el otro.

Wells guardó silencio unos segundos, recordando cómo, durante el tiempo que Viajes Temporales Murray estuvo en funcionamiento, había tenido que arreglárselas para mostrar una especie de gélida reserva cada vez que alguien le hablaba de ella sonriendo fascinado. En dichas situaciones, que se sucedían con irritante frecuencia, Wells solía responder con un par de comentarios sarcásticos destinados a ridiculizar el entusiasmo de su contertulio, como si él se hallara por encima de la realidad, o por delante de ella, en cualquier caso ajeno a sus vaivenes, que era lo que, por otro lado, el vulgo esperaba de cualquier escritor, a los que les adjudicaba por defecto intereses más elevados y menos pedestres que los suyos. Otras veces, cuando no se sentía con ánimo para el sarcasmo, optaba por mostrar-

se ofendido ante el desorbitado coste del billete. Fue esa segunda opción la que decidió usar con Serviss, imaginando que la primera no iba a tragársela siendo también él escritor.

—Porque pienso que el futuro nos pertenece a todos, y nadie debería quedarse sin verlo por el hecho de no poder pagarse el billete.

Serviss se lo quedó mirando sin comprender, y luego se dio un manotazo brusco en la cara, como si se le hubiese pegado una telaraña.

—¡Ah, claro! Perdona mi falta de delicadeza, George: el billete era demasiado elevado para unos pobres escritores como nosotros... —malinterpretó—. Yo tampoco pude pagármelo, si te soy sincero. Aunque empecé a ahorrar para subirme al célebre Cronotilus, ¿sabes? Quería ver la guerra del futuro. Lo deseaba con toda el alma. Incluso pretendía llevar a cabo, una vez que me encontrase en el año 2000, la travesura de escabullirme del grupo y estrecharle la mano al bravo capitán Shackleton, agradeciéndole que hubiese conseguido que todos nuestros sueños y anhelos no cayesen en saco roto. Pues ¿acaso podríamos seguir con lo nuestro, inventando cosas y creando obras de arte sabiendo que en el año 2000 ya no quedaría ningún humano sobre la Tierra capaz de disfrutarlas?, ¿que no habría el menor rastro de todos nuestros logros?, ¿que por culpa de los malvados autómatas el hombre y todo lo que ha sido capaz de crear desaparecería como si nunca hubiese existido? —Tras soltar aquello, Serviss pareció desinflarse sobre la silla, y adoptó un tono melancólico—. Pero ya no tendremos la oportunidad de viajar al futuro ni tú ni yo, George. Una verdadera lástima, pues seguramente ahora tienes dinero más que suficiente para hacerlo. Supongo que debió de afligirte igual que a mí enterarte de que la empresa de viajes en el tiempo cerraba sus puertas debido a la muerte del señor Murray.

—Sí, fue una verdadera lástima —ironizó Wells.

—Según los periódicos fue devorado por uno de los dragones que habitan la cuarta dimensión —recordó Serviss con pesadumbre—, delante de varios de sus empleados, que nada pudieron hacer para impedirlo. Debió de ser terrible.

Sí, Murray se las ingenió para «morir» a lo grande, pensó Wells.

—¿Y ahora cómo se accederá a la cuarta dimensión? ¿Crees que quedará clausurada para siempre? —le preguntó Serviss.

—No lo sé —respondió Wells con absoluta falta de interés.

—Bueno, tal vez a nosotros nos corresponda ver otras cosas. Quizá nuestro destino sea viajar en el espacio, no en el tiempo —se consoló Serviss, apurando su pinta—. El firmamento es un lugar vasto e insondable. Y está lleno de sorpresas, ¿verdad, George?

—Tal vez... —concedió Wells, removiéndose nervioso en su silla, como si tuviese las posaderas escaldadas—. Pero me gustaría hablarle de su novela, señor Ser... Garrett.

Serviss se enderezó repentinamente y clavó una mirada alerta en Wells, como un sabueso que hubiera olfateado un rastro. Satisfecho de haber atraído al fin su atención, Wells se acabó su cerveza de un largo trago, con la intención de infundirse valor y alcanzar la serenidad que necesitaba para abordar el asunto, gesto que no le pasó desapercibido a Serviss.

—¡Por favor, *garçon*, otra ronda, que el mejor escritor del mundo está sediento! —gritó, reclamando la atención del camarero con un aspaviento exagerado. Luego volvió a contemplar a Wells lleno de expectación—. Y dime, amigo mío, ¿te gustó la novela?

Wells guardó silencio mientras el camarero dejaba so-

bre la mesa dos nuevas pintas al tiempo que le dedicaba una mirada valorativa. Al saberse objeto de estudio, se enderezó mecánicamente sobre la silla y sacó pecho con disimulo, como si la grandeza de un escritor no solo tuviese que mostrarse en sus libros sino también en su apariencia física, esa mezcla azarosa de genes con la que venimos al mundo y cuya falta de autoridad apenas podemos modificar dejándonos bigote, barba y largas patillas, vistiendo ropas caras o engordando hasta alcanzar una intimidatoria rotundidad.

—Bueno... —dijo Wells cuando el camarero se retiró, reparando en que Serviss lo observaba ansioso.

—¿Sí? —preguntó este con la ilusión de un niño.

—Algunas cosas son... —Wells le sostuvo la mirada durante unos segundos antes de continuar mientras un silencio, profundo como un abismo, se abría entre ellos— excelentes.

Serviss se dejó caer ruidosamente sobre la silla, presa de un repentino arrebato.

—Algunas. Cosas. Son. Excelentes —repitió, saboreando cada palabra en estado de trance—. ¿Como por ejemplo...?

Wells volvió a recurrir a la cerveza para ganar tiempo. ¿Qué demonios había de excelente en la novela de Serviss?

—Los trajes espaciales. O las pastillas de oxígeno —respondió, porque el *atrezzo* de la novela era lo único que podía rescatarse de ella—. Son muy... ingeniosos.

—¡Oh, gracias, George! Sabía que mi novela iba a parecerse excelente, lo sabía —canturreó Serviss rozando el éxtasis—. ¿Acaso podía ser de otro modo? Claro que no. Tú y yo somos almas gemelas, literariamente hablando, por supuesto. Aunque quién sabe en cuántos aspectos más... Oh, amigo mío, estamos creando algo desconocido hasta el momento, ¿te das cuenta? Nuestras novelas pron-

to se separarán de la corriente general de la literatura para buscar su propio camino. Tú y yo, George, estamos haciendo historia. Seremos considerados los padres de un género nuevo. Junto con Verne, claro. No sería justo olvidarnos del gabacho. Los tres, los tres juntos estamos cambiando la literatura.

—Yo no tengo el menor interés en crear ningún género —lo cortó Wells, cada vez más irritado consigo mismo por no lograr conducir la conversación hacia donde él quería.

—Bueno, no creo que esté en nuestra mano decidir eso... —objetó Serviss con un gesto vago de cabeza, zanjando el tema como si no le interesara continuar por aquel derrotero—. Pero hablemos de tu última novela, George. Es tan sobrecogedora, con esas naves marcianas con forma de pez raya sobrevolando Londres... Aunque hay algo que me gustaría preguntarte: si después de que escribieras *La máquina del tiempo* se descubrió el modo de viajar en la corriente temporal, ¿no temes que ahora nos invadan los marcianos?

Wells le contempló impasible, intentando descubrir si hablaba en serio o se trataba de otra de sus estrafalarias ocurrencias, pero Serviss aguardaba su respuesta con gravedad.

—Que haya descrito una invasión marciana no significa necesariamente que crea en la existencia de vida en Marte, Garrett —le aclaró con displicencia—. Solo es una alegoría. Escogí Marte más bien como metáfora, porque lleva el nombre del dios de la guerra, y por su color rojizo.

—Ah, la turbadora apariencia que le otorga el óxido de hierro presente en el basalto volcánico que cubre su superficie como un manto de sangre —explicó Serviss, alardeando de sus conocimientos.

—Lo único que pretendía era criticar la colonización

europaea de África —continuó Wells sin prestarle atención—, y avisar de los peligros de la investigación armamentística en un momento en el que Alemania se halla inmersa en un proceso de militarización que se me antoja, cuando menos, intranquilizador. Pero sobre todo, Garrett, quería advertir al ser humano de que todo cuanto nos rodea, incluso la ciencia o la religión, puede resultar inútil frente a algo tan inconcebible como el ataque de una raza superior.

Obvió mencionar en su retahíla que, ya puestos, se había permitido saldar cuentas con su propio pasado, pues los primeros escenarios devastados por los marcianos, como Horsell o Addlestone, eran aquellos donde había transcurrido su no excesivamente feliz infancia.

—¡Y lo lograste con creces, George! ¡Vaya si lo lograste! —reconoció Serviss con melancólica admiración—. Precisamente por eso me vi obligado a escribir mi novela: debía ofrecerle al hombre la esperanza que tú le habías negado.

¿Y esa esperanza era Edison?, pensó Wells, divertido a su pesar, mientras se dejaba embargar por un tibio bienestar que no supo discernir si provenía de las jarras de cerveza que empezaban a atestar la mesa o de la encantadora manía de aquel hombrecillo de estar de acuerdo con todo lo que salía de su boca. Sea como fuere, no podía negar que empezaba a sentirse a gusto en una cita que había imaginado mucho más incómoda. No sabía cómo había sucedido, pero ya habían abordado el asunto de la novela de Serviss y no había ocurrido nada. Cómo iba a ocurrir, se dijo Wells, si lo único que había logrado balbucir ante él había sido la palabra «excelente», que nadie podía considerar un vocablo de significado negativo por haberse usado en sentido positivo desde el principio de los tiempos... En consecuencia, ahora Serviss creía que aquello era lo que Wells realmente pensaba de su novela, y este no se

sentía con fuerzas para rebatir sus propias palabras. Hacía ya varios minutos que la conversación discurría por otros derroteros, ¿para qué volver a aquel asunto?, ¿para despa-  
charse a gusto revelando a Serviss lo que opinaba, como tres años antes había hecho con Murray? Con Serviss no quería hacer eso, se dijo, para su sorpresa. Tal vez mereciese un correctivo por haberse atrevido a continuar su novela, pero no se veía experimentando ningún placer aplicán-  
doselo. Recordó entonces que, durante la lectura de la obra, el delirante humor que la impregnaba, a todas luces involuntario, había logrado que una sonrisa fugaz le sacudiera varias veces los labios. Y aunque la había arrojado contra la pared en repetidas ocasiones, irritado ante aque-  
lla exhibición de torpeza y necedad, siempre había vuelto a cogerla para reanudar su lectura. Había algo en la forma de escribir de Serviss que le provocaba una extraña simpa-  
tía. Lo mismo le ocurría con sus delirantes cartas. Siempre acababa tirándolas a la chimenea, pero no podía evitar leerlas. Y según estaba comprobando, su autor, tan desvali-  
do y equivocado en todo, le despertaba la misma ternura que sus escritos. Eso significaba que era perfectamente capaz de guardarse sus juicios para no causarle daño, se dijo con sorpresa; si con Murray no lo había hecho ha-  
bía sido únicamente por el desagrado que enseguida había despertado en él la prepotencia de aquel individuo. De repente, comprendió por qué lo había tratado tan despia-  
dadamente: con la excusa de demoler su novela, lo que había tratado de demoler había sido su enorme ego. Ser-  
viss, en cambio, no era más que un pobre diablo, demasia-  
do inseguro y apocado como para desarrollar ego alguno.

—¿No pensaste en ningún momento en darle un final distinto, en el que pudiéramos vencer a los marcianos?  
—La pregunta de Serviss sacó a Wells de su ensimisma-  
miento.

—¿Cómo? —repuso escandalizado—. ¿Qué tendría-

mos en la Tierra capaz de vencer la tecnología marciana que yo describo?

Serviss se encogió de hombros, sin saber qué decir.

—Bueno, de todos modos era mi deber ofrecer una alternativa, un rayito de esperanza... —murmuró al fin, contemplando a la clientela que atestaba el local, con una sonrisa mustia—. Tanto a mí, como a todos ellos, nos gustaría pensar que, si alguna vez somos invadidos desde las estrellas, tendremos alguna posibilidad de sobrevivir.

—Tal vez la haya —se ablandó Wells—. Pero mi desconfianza en el hombre es demasiado profunda, Garrett. Si existe un modo de vencer a los marcianos, no será gracias a nosotros, estoy convencido. Quizá esté donde menos lo esperamos. Además, ¿por qué te preocupa tanto? ¿Tan seguro estás de que seremos invadidos por nuestros vecinos de Marte? —bromeó.

—Por supuesto que sí, George —afirmó Serviss con gravedad—. Aunque supongo que sucederá después del año 2000. Antes debemos ocuparnos de los autómatas.

—¿Los autómatas? Ah, sí, claro..., los autómatas.

—Pero estoy seguro de que tarde o temprano nos invadirán —insistió Serviss—. ¿Acaso tú no crees que los canales de Marte han sido construidos por una cultura inteligente, como asegura Lowell en su libro?

Wells había leído el libro *Marte*, de Percival Lowell, que defendía dicha tesis, e incluso se había servido de ella para sostener su novela, pero de ahí a creer en la existencia de vida en Marte iba un largo trecho.

—Imagino que los millones de millones de planetas que pueblan el universo no tienen únicamente una función decorativa —respondió Wells, a quien debatir sobre la existencia de vida en otros mundos le parecía un ejercicio estéril—. Lo más sensato es pensar que en cientos de ellos se habrán dado las condiciones necesarias para la vida. Pero si nos atenemos exclusivamente a Marte...

—Y ni siquiera es imprescindible que tengan oxígeno o agua —apuntó Serviss, exaltado—. En nuestro planeta tenemos seres, como las bacterias anaeróbicas, que no necesitan oxígeno. Eso doblaría el número de planetas aptos para la vida. Yo diría que en más de cien mil podría existir una civilización más desarrollada que la nuestra, George. Y estoy seguro de que las generaciones venideras hallarán una vida exuberante e insospechada en los planetas del firmamento, y terminarán reconociendo con resignación, aunque nosotros no podremos presenciarlo, que no son la única inteligencia ni, seguramente, la más antigua del cosmos.

—Estoy de acuerdo, Garrett —concedió Wells—, pero también estoy convencido de que esa «vida» nada tendrá que ver con nuestra idea de vida. Nos costaría comprenderla tanto como a un perro el funcionamiento de una locomotora. Puede ser que en su concepción de la existencia ni siquiera se encuentre el deseo de explorar el espacio, por ejemplo, por mucho que los terráqueos no dejemos de mirar el cielo preguntándonos si estamos solos o no en el universo, algo que ya se preguntaba hasta el mismísimo Galileo.

—Sí, aunque tuvo buen cuidado de no preguntárselo demasiado fuerte para no molestar a la Iglesia —bromeó Serviss.

Con la suavidad de una mariposa, una sonrisa se posó en los labios de Wells, que descubrió que el alcohol había destensado sus facciones lo suficiente para no espantarla con el rictus de animadversión que había esgrimido desde el comienzo de la charla. Aunque, para su sorpresa, tampoco deseaba hacerlo. Aquella sonrisa se la había arrancado Serviss limpiamente, y allí debía permanecer. Desbaratarla sería como suturarse las heridas durante un duelo con florete.

—Desde luego, lo que no podemos negar es el empeño del hombre por comunicarse con los presuntos seres

del espacio —dijo Serviss, logrando que tras lo que a Wells se le antojó un gesto de ilusionismo, aparecieran sobre la mesa dos nuevas jarras de cerveza llenas hasta los bordes—. ¿Te acuerdas de aquel matemático alemán que intentó reflejar la luz del sol hacia los planetas con un artefacto inventado por él mismo llamado heliotropo? ¿Cómo se llamaba el tipo? ¿Grove?

—Grau. O Gauss —dudó Wells.

—Ah, sí, Gauss. Se llamaba Carl Gauss.

—También propuso que sobre la estepa rusa se plantara un gigantesco triángulo rectángulo de pinos para que los observadores de otros mundos comprendieran que en la Tierra existían seres capaces de entender el teorema de Pitágoras —recordó Wells.

—Sí, es cierto. —Serviss rio—. Sostenía que ninguna figura geométrica podría interpretarse como una construcción intencionada.

—¿Y el astrónomo que tuvo la ocurrencia de verter queroseno en un canal circular cavado en el desierto del Sahara y encenderlo de noche para señalar nuestra presencia?

—¡Sí, una diana perfecta!

Wells dejó escapar una risita. Serviss lo celebró apurando su jarra de un trago y animándolo a hacer lo mismo. El escritor obedeció, un tanto coaccionado.

—Lo último que he oído es que van a colocar varios reflectores en la Torre Eiffel para dirigir la luz solar hasta Marte —comentó mientras Serviss pedía otra ronda.

—¡Dios santo, qué insistencia! —exclamó este deslizando hacia delante otra jarra.

—Y que lo digas —corroboró Wells, reparando sorprendido en que empezaba a costarle hablar sin que se le trabara la lengua—. Por lo visto, en la Tierra todos creen que los seres del espacio verán cualquier cosa que se nos ocurra.